

blea y á los clubs, á esos Reyes de tantos brazos y tantas cabezas, paralizaba todos los impulsos generosos de su buen natural, y le detenía en toda resolución heroica. Apelóse á la última esperanza; á la Reina. Ésta comprendió que necesitaba ahondar en los abismos de la naturaleza humana para extraer la salvación de todos. Así, no se acordó de su majestad histórica, de su sagrado carácter real, de sus prerrogativas y primacías, sino de que era madre, y madre infortunada, y tenía, por lo mismo, que tocar y conmover el corazón de una madre. La esposa del síndico tenía hijos, y al tener hijos, tenía los argumentos más decisivos en favor de las súplicas de María Antonieta. Esta volvióse á la humilde tendera, y brevemente, con la elocuencia propia del sentimiento, la conjuró á que oyese sus súplicas y salvase sus hijos. La mujer, avisada por ese instinto de conservación que hace á los seres amenazados de algún gran peligro tan empedernidos y tan egoistas, le contestó estas duras y acerbas palabras: «Señora, os acordáis de vuestro marido y de vuestros hijos, y yo, á mi vez, me acuerdo de mi marido y de mis hijos.» La Reina lanzó un gemido de desesperación que parecía el estertor último de su alma espirante, y se entró en el cuarto donde rebotaban sus hijos, á cuyos piés, la mujer del pueblo antes mencionada, la suegra de la tendera, seguía llorando á todo llorar las trágicas desgracias de los Reyes. Y, en efecto; como si el huracán se hubiera desencadenado sobre aquellos campos; como si el mar se hubiera salido de su centro para volcarse y extenderse sobre la tierra; como si el suelo entero se desgajara y el firmamento se viniese abajo; oíanse campanas al vuelo que tenían á rebato, tambores y redobles que tocaban á generala, gargantas roncas que despedían siniestros gritos, vibrar de armas, que resonaba con horrible resonancia, pisadas de gentes que venían en són de amenaza, el resuello de todas las pasiones, el lejano trueno anunciando la próxima tempestad, el estallido de la guesra. Al pronto, sólo había los milicianos de Varennes; después, ya había ochenta mil; después, sesenta mil, hasta desbordarse aquellas muchedumbres en armas, y llenar, como inundación tormentosa, todas las cercanías de la humilde prisión, donde agonizaba el poder absoluto é histórico de los antiguos Reyes. Y mientras esto sucedía, una comisión de la Asamblea se acercaba, y poniendo mano sobre la familia real, llevábasela á París; es decir, al destronamiento y al cadalso.



CAPÍTULO TRIGÉSIMO-SÉPTIMO

Los estados europeos en comienzos del siglo décimo-nono



MUCHO han hablado los historiadores vulgares de los crímenes de la revolución. Muchas imputaciones le han dirigido por aquel hervor de sangre que la impele á erigir el patíbulo en altar. Nadie como nosotros ha lamentado los excesos de la revolución, porque nadie como nosotros ha sufrido sus terribles consecuencias. Si el movimiento democrático se ha paralizado en Europa tanto tiempo; si las varias reacciones han tenido tal número de sectarios; si la República escandaliza hoy aún á tantas generaciones, débese á esa época siniestra de terror, cuyo recuerdo pesa sobre todos nosotros con grave y abrumadora pesadumbre. Indudablemente, aquellos terroristas, que destruyeron los altos y cimas de la revolución, segando todas las cabezas donde se condensaban los grandes pensamientos, aquellos terroristas allanaron sus vías triunfales á la invasión del despotismo. Como, según el dogma católico, la falta de Adán recae sobre la humanidad, el pecado de los demócratas franceses recae hoy aún sobre toda la democracia. Nadie, por consiguiente, tan rígido é inflexible como nosotros para condenarlo y maldecirlo. Mas, no debe olvidarse que todas las obras humanas de carácter social han nacido manchadas de sangre. No, no es la obra social esa obra artística que surge pura y luminosa de la imaculada inspiración, toda espiritual, cuyos estremecimientos agitan el alma de los grandes poetas de la vida y rodean de gloria inmortal sus creaciones. Las obras sociales nacen mezcladas con muchos intereses, combaten leyes é instituciones arraigadas, suscitan guerras crueles, engen-

CAPILLA ALFONSO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.

dran tempestades terribles, y su virtud de purificación y de progreso degenera muchas veces en el vicio de la ciega fuerza y de la brutal violencia. Examinad la Historia moderna, y ved cuál de las instituciones, que parecen más ideales y más puras, se han exceptuado alguna vez de sufrir esta ley durísima de la fuerza, y de traer, como otras tantas furias, este cortejo horrible de crímenes y de violencias. Jamás el imperio romano cayera y la idea de la individualidad personal brotara en Europa; jamás la unidad de los Estados se sobrepusiera en bien de todos á la triste anarquía del feudalismo; jamás las autoridades civiles y las autoridades eclesiásticas se apartaran en dos zonas diversas; jamás la conciencia religiosa se vivificara con la libertad; jamás las municipalidades brotaran como semillas de la democracia sin las irrupciones de los bárbaros, sin los combates por las investiduras, sin las Cruzadas, sin las luchas de las comunidades, sin el levantamiento de los campesinos, sin el terror monárquico, sin catástrofes mil, mucho más luctuosas y mucho más sangrientas que la Revolución francesa. Si ésta se creyera impecable, infalible, hija de Dios bajada del cielo, hecha por reveladores santos, superior á la razón, podría exigirse algo tan excepcional que no tuviera su parecido en la historia del humano linaje; pero, concebida por filósofos, divulgada por tribunos, hija de las facultades humanas, obra de la humana inteligencia, naciendo en la realidad viviente con todas las imperfecciones congénitas á nuestra débil naturaleza, no deben pedírsele milagros jamás obrados por ninguna institución conocida en tiempo alguno de la Historia.

La Revolución francesa ha tenido su período de iniciación, el período que se extiende desde los escritos de Voltaire y Rousseau hasta la caída de Turgot. Ha tenido su período de explosión, que se extiende desde la caída de Turgot hasta la muerte de Robespierre; ha tenido su período de reacción; desde la muerte de Robespierre hasta la caída de la restauración, y, bien puede decirse que, desde la caída de la restauración hasta nuestros días; pasando por varios eclipses, sintiendo diversos desmayos, ha entrado esta obra social gigantesca, que dilata sus ideas sobre toda nuestra conciencia, y sus transformaciones sobre todo el suelo europeo; en el período de madura y definitiva solución. Dentro de estas varias fases podría escribirse como una Historia universal, según la fecundidad maravillosa del espíritu humano en tal período de tiempo, y la viveza y la rapidez con que han ardido las humanas ideas en las cimas vertiginosas del mundo y en las épocas varias de esta nuestra edad creadora. Nadie diría que ha durado tan poco tiempo un drama tan rico en varios incidentes y tan poblado de grandes personajes. Bien es verdad que, como la tierra no se hallaba por ninguna ley preparada realmente á recibir esa semilla; como la conciencia no se hallaba por su parte dispuesta tampoco á comulgar en esa idea; como es una revelación del derecho eterno que se adelanta demasiado y que quiere forzar la resistencia invencible del tiempo y contrastar lo incontrastable; caen unos en pos de otros los revolucionarios bajo la pesadumbre de su propia grandeza y de la grandeza

incomensurable de su obra. Los reformadores sucumben por la resistencia ciega del camino, aperebida á las reformas; los constitucionales sucumben por la lucha empeñada entre el trono y el pueblo; los girondinos sucumben por su federalismo prematuro en medio de una sociedad obligada, por virtud del derecho de la propia defensa, á la unidad y á la fuerza; los dantonianos sucumben, víctimas del mismo terror que generan, y cayendo en la misma fosa donde sepultaran la legión sacratísima de la Gironda; los jacobinos sucumben por la fuerza y la autoridad excesiva dadas al Estado, con grave daño de la república; los thermidorianos sucumben, porque eran la dictadura sin inteligencia y sin gloria; y sobre los cadáveres de todos, y sobre la ruina de todos, tras aquella revolución sin salida y aquella reacción sin objeto, corolario de todas las dictaduras, engendro de todas las violencias, condensación de todos los vapores de sangre, última cima de aquella gradería de patibulos, surge el despotismo revolucionario, el malhadado imperio de los Bonapartes.

La Revolución francesa es una de esas grandes inundaciones de ideas que devastan la tierra con sus corrientes, pero que también la fecundan con su humedad. Los que sufrieron su primer impulso, se ahogaron en las corrientes; pero luego los que heredaron aquella edad creadora, tendrán que bendecirla eternamente. Los falsos historiadores, los que se ponen á calcular cómo los grandes hechos hubieran pasado si pasaran de ésta ó de otra suerte, más ó menos arbitraria, dicen que la revolución se podía fácilmente sustituir con la reforma. Parece imposible. Os encontráis enfrente de una gran montaña, tenéis que horadarla para que pase por sus senos la rápida locomotora, y dudaréis si usar la pólvora ó la dinamita. En aquella edad de obstáculos insuperables; cuando el cuarteado castillo pesaba sobre las espaldas del siervo envilecido; cuando la monarquía acababa de hacer el Estado su casa de prostitución; cuando la Iglesia se mezclaba con el poder civil en términos de ser su cortesana ó su señora; cuando el privilegio oprimía desde el suelo hasta el espíritu; las sociedades humanas no hallaban más medios de destruir todo aquello que la Revolución. Mucho la exageraron los revolucionarios, cayendo en excesos abominables y llevando las ideas de la estrecha esfera de la realidad allende el límite de lo imposible. Pero no sabemos cómo aceleró la fuerza del movimiento la misma ceguera de la resistencia. Las supersticiones arraigadas de Luis XVI, el orgullo incurable de Maria Antonieta, la conspiración continua contra la patria, aceleraron las soluciones republicanas mucho más que el impulso dado por la fe de los partidos revolucionarios. La Revolución tuvo, además de esta resistencia de las instituciones antiguas que superar, la Europa monárquica que vencer. Y naturalmente, cuando los Reyes juraron su perdición, y los ejércitos de los Reyes entraron por todas las fronteras seguidos de los emigrados que vendían su patria al extranjero, no quedaba otro remedio sino convertir los árboles en astas de lanza, el hierro en chuzos, las casas en fortalezas, los ciudadanos en soldados, los soldados en héroes á la antigua, é ir al son de la Marsellesa, entonando aquellos coros que helaban la sangre en las venas de los

soldados del despotismo, á morir por la libertad y por la patria. Es natural que en nación sólo para la guerra constituida, no pudiese vivir mucho tiempo una república democrática. Es natural, tras batallas épicas, tras encuentros fabulosos, tras acciones heroicas, entre los vapores del humo y los vapores de la sangre, necesitaba la sociedad francesa de una guerra continua, se dibujase en los aires el nefasto cesarismo. Si la gran República americana, en vez de encontrarse frente á frente de la Inglaterra, y auxiliada ella por dos monarquías, como la Monarquía de España y la Monarquía de Francia, se encontrara frente á frente de cien reyes empeñados en perderla y lanzando de continuo sobre ella sus legiones, con seguridad sucumbe, y en vez de entregarse al buen ciudadano que se llamaba Wuashington, hubiérase entregado al primero de sus salvadores militares que se llamara César. Nada tan fácil como rectificar la Historia en el silencio y en el retiro de un gabinete de estudio. Nada tan fácil como deslumbrar al mundo con juicio escrito *à posteriori*, fuera del contacto con la viviente realidad, y lejos del paso de las fatalidades sociales. Pero cuando se ha vivido mucho y se ha tratado de reformar las sociedades; cuando se ha puesto empeño en grabar ideas nuevas sobre las humeantes lavas ó en hacer fecundas las estériles y desoladas ruinas, el ánimo más varonil y más entero se ha desconcertado y caído en una especie de admiración religiosa por esos hombres cuyo aliento ha henchido las velas que dirigen é impulsan las pesadas naves de los antiguos Estados históricos hacia su perfeccionamiento. La inundación ya ha pasado, y el ciudadano ha crecido tanto en Francia, y con el ciudadano el hombre, y la libertad de pensar y de creer se han arraigado de tal modo en su conciencia, y la propiedad se ha dividido con tanto provecho del mayor número, y el trabajo se ha emancipado con emancipación tan segura, y los derechos civiles se han extendido con tal extensión á todos los ciudadanos, y los derechos políticos han llegado con lógica tan inflexible al sufragio universal y á la República democrática, que no podemos menos de creer á Francia ya definitivamente madura para la libertad y convertida en órgano é instrumento del progreso universal.

Hay que parar un poco las mientes en los resultados y consecuencias del movimiento revolucionario francés para comprender y estimar, no sólo toda su importancia, sino también toda su justicia. Podéis dudar acerca de las coalidades que distinguen una semilla cuyo fruto desconocéis, pero no de aquella con cuya cosecha os hayáis regalado y nutrido. Grande agitación, el terrible movimiento, muchas guerras, asedios tremendos, sacos y matanzas innumerables, generaciones enteras al suelo echadas por la muerte y su implacable segur; mas todo incitado por un principio tan odioso como el principio de intervención y por una liga tan formidable como la liga de todos los Reyes contra Francia. Invadida, por lo menos asediada ésta, no tuvo más remedio que defenderse, y en la defensa no tuvo más remedio que apelar á todos los recursos, aun á los recursos más reprobables para desasirse de los enemigos vomitados desde fuera sobre su seno por las

potencias europeas y purgarse dentro de tantos cómplices como la traicionaban dentro, so color de servir á la monarquía y sin conocimiento ninguno y menos conciencia de que deservían á su patria. El factor dinastía se relaciona por medio de la consanguinidad con todos los Estados, reducidos á la natural representación por sus Reyes que los creían su mayorazgo, su vínculo, su propiedad. Reinaban entonces, levantando sus diademas sobre todos en el Oriente la dinastía de los Austrias y en el Occidente la dinastía de los Borbones, repartiéndose las dos por Francia y por el Imperio así como por los feudos, borbónicos ó austriacos, una gran parte de Italia y todo el centro casi de la oprimida Europa. Era natural que unos y otros príncipes, los Borbones y los Austrias, se levantasen á una combatiendo la Revolución francesa. El pacto de familia contra el poderío inglés y á favor del Nuevo Mundo y de su República mostró cuán unidos estaban los príncipes de la dinastía borbónica. El anillo nupcial, á su vez, de María Antonieta fué como la unión entre las dos dinastías, que lucharon durante mucho tiempo, entre la dinastía de los Austrias y la dinastía de los Borbones. La Reina en Versalles no fué más que un agente de Viena. Por esta razón reñía con frecuencia su madre y no la dejaba de su mano el Emperador José, á una deseosa de que por sentarse bella joven austriaca en el trono francés, Francia dispendiase todos sus tesoros y vertiese toda su sangre por Austria y sus devaneos así en Bélgica como en Baviera. Muerta María Teresa y muerto José II disminuyó la inteligencia de los tutores que tenía en el Imperio Antonieta; mas no disminuyó el cariño. Leopoldo amaba tiernamente á su hermana. Pero comprometido en cuestiones tan graves como las de Polonia y Turquía y Prusia reflejaba con oídos de mercader las insinuaciones de los emigrados pidiéndole una intervención en Francia, juzgada cosa demente ó imposible por aquella sazón. Así esperaba más del cambio de la opinión francesa que del intervento en Francia de las armas europeas. Apremiado por los realistas franceses no les hacía caso ninguno. Y poco antes de su fuga escribió con acierto á sus hermanos de las Tullerías aconsejándoles una conformidad cristiana con los decretos divinos, que les permitiese aguardar con calma el refluo hacia la reacción de los ánimos fatigados. Pero en esto llegó á su noticia en Padua el arresto de Varennes, y no pudo menos que profundamente alarmarse. Aunque poco inclinado á la intervención de Francia, y muy receloso de Prusia por motivo de Bélgica y muy enemistado con Rusia por motivo de Turquía y de Polonia, sin poder moverse á su grado y disponer de sus fuerzas, dirigió circular apremiante y calorosa, diciendo que no sólo él, pariente cercano de los Reyes perseguidos por la Revolución, todos cuantos en un trono europeo se asentaren debían acudir á la extinción del terrible incendio, aunque fuera con sangre, si no querían morir abrasados entre sus llamas, No solamente hizo esto, dirigióse con protesta solemne al Congreso Constituyente reclamando buen trato y alta consideración para sus afligidos deudos. Así apresuróse á la paz con Prusia, enemiga siempre del Austria, sacrificando conveniencias suyas, únicamente para deslizar

CAPILLA ALFONSIÑA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. M.